

Ambiente urbano y participación en la búsqueda de un socialismo sustentable

Mario Coyula Cowley

Mario Coyula Cowley: arquitecto cubano, doctoren Ciencias Técnicas, profesor titular del Instituto Superior Politécnico José A. Echeverría, subdirector del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, La Habana.

Nota: este trabajo, originalmente más extenso, ha sido reducido por limitaciones de espacio.

Palabras clave: urbanismo, medio ambiente, desarrollo, La Habana, Cuba.

En estos momentos Cuba enfrenta la necesidad de reorientarse dentro de un mundo unipolar dominado por la economía de mercado, y alcanzar una competitividad aceptable que le permita mantener sus logros sociales. Esto parece forzar la búsqueda de alternativas hacia un modelo económico y social más flexible, armónico y regenerativo, que transite creativamente por una vía propia, realista y diversa, que debería ser económicamente viable, políticamente participativo y ecológicamente racional; con un enfoque dirigido más a comprender y conducir procesos que a administrar y elaborar productos terminados. La adversidad de la situación no parece dejar opciones y clarifica verdades antes no tan obvias. Se trata, de alcanzar un equilibrio más estable entre el empleo de los recursos la organización de la sociedad y la forma de vida de las personas.

En febrero de 1996 nació el cubano que completó los once millones; y con el 76% de posibilidades de pertenecer a un hogar urbano. El sistema urbano cubano está compuesto ... «por una capital de casi 2,2 millones de habitantes, doce capitales provinciales (2,3 millones), 28 ciudades intermedias mayores de 20.000 habitantes (1,2 millones) y unos 500 pueblos de base urbanos (2,7 millones). Ello significa alrededor de un 76% de urbanización y una población rural en franco retroceso. Desde el triunfo revolucionario el país ha presentado un considerable incremento de urbanización (55% en 1959, 60% en 1970, 76% en 1994) que encubre dos procesos complementarios: la descentralización de la capital en las cabeceras provinciales y la concentración de la población rural en los pueblos de base» (García Pleyán, p. 81),

El sistema urbano en Cuba

Entre 1959 y 1993 la población de Cuba creció en un 57% mientras las viviendas aumentaron en un 80%, con un crecimiento del fondo de 1,5 millones

deunidades a 2,7. La calidad también mejoró: en 1958, el 53% de las viviendas se encontraban en estado bueno o regular, y en 1993 el porcentaje subió a 83%. En las áreas rurales, la mejoría ha sido más significativa, pasando del 25% al 75% (Comité 1996). Sin embargo, la situación en la capital es diferente: si bien aproximadamente la mitad del fondo (525.000 viviendas) era de buena calidad constructiva inicial, también la mitad se encuentra en estado regular y malo; y aun las que clasifican como buenas requieren reparaciones. Mientras La Habana ha crecido en los últimos 25 años a un promedio de apenas el 1 % anual, las otras ciudades crecieron al 2,3%, los pueblos al 3,1 % y los poblados al 3,7% (ibíd). Las cabeceras provinciales se han fortalecido con la creación de empleos (21 % de los puestos industriales) y servicios que incluyen más de 30 centros de educación superior, 150 hospitales, centros culturales y deportivos; así como una dotación de infraestructura eléctrica, vial y de abasto de agua. Igualmente se han consolidado las cabeceras municipales como centros de servicios intermedios que cubren un entorno de 10-12 kilómetros, con sus órganos de gobierno local; y se creó un sistema de pequeños asentamientos urbanos y rurales que aloja a unos 4 millones de habitantes e incluye los cerca de 400 nuevos poblados rurales construidos después del triunfo de la Revolución (ibíd).

Sin embargo, el objetivo principal de estos nuevos poblados –estabilizar la fuerza de trabajo para los programas de producción agropecuaria–, no ha comportado según lo esperado. En ello quizá influya el hecho de que los campesinos ganan solidez constructiva en las nuevas viviendas pero pierden privacidad, independencia y posibilidad de autoabastecimiento. De esa manera, mientras asumen los problemas de vivir en colectivos compactos –a veces hasta en edificios de cinco plantas– mantienen los rasgos de vivir aislados en el campo. Muchos terminaron marchándose a las ciudades más cercanas. La tendencia mundial a la expansión desmedida en esos niveles intermedios de asentamientos urbanos se ha manifestado también en Cuba. Ello parece demostrar que el descontrol del crecimiento urbano es un fenómeno no necesariamente asociado a la falta de planificación. De una parte, las inversiones estatales en Cuba resultaron muy derrochadoras de un suelo que no costaba; y en el sector población se comprobó cómo las necesidades insatisfechas generan respuestas paralelas, con mucho parecido a los procesos de un mercado inmobiliario sumergido, a pesar de regulaciones que fijaban un precio oficial del suelo increíblemente bajo o incluso prohibían las transacciones entre privados, para evitar la especulación.

Los problemas del medio ambiente urbano en Cuba presentan prioridades diferentes en las distintas ciudades y poblados, pero también en sectores dentro de una misma ciudad. Los principales problemas se relacionan con:

- escasez de alimentos y artículos de primera necesidad (una situación que ha desplazado a la vivienda en el primer lugar de las necesidades expresas de la población);

- mala calidad ambiental, principalmente hídrica (en los ríos, cuencas, acuíferos subterráneos y bahías) pero también atmosférica, debido principalmente al transporte (escaso, pero muy contaminante); y sónica (debido fundamentalmente a patrones culturales dominantes); inundaciones, y erosión con penetraciones del mar en el litoral urbano;
- escasez y mala distribución del arbolado urbano, unido a su maltrato y tala por conflicto con las redes aéreas y la falta de una cultura ambiental.
- baja habitabilidad en la vivienda (mal estado, principalmente en las redes técnicas y cubiertas, por la falta de reparación y mantenimiento; bajo estándar inicial, asociado a una tipología especulativa o improvisada; hacinamiento, alteraciones improcedentes; pobre confort bioclimático (mala ventilación e iluminación natural, humedad excesiva, etc);
- transporte público insuficiente e inadecuado;
- combustible doméstico escaso e inadecuado, incluyendo el uso en gran escala de keroseno, y en menor medida leña y carbón –éstos, con afectación al arbolado;
- insuficiencia y mal estado de las redes hidrosanitarias urbanas (pérdidas por salideros y abasto de agua infrecuente, lo que apareja contaminación y consumo excesivo de energía y equipos en bombeo; tratamiento inadecuado de aguas negras, con vertimiento directo en muchos casos). A esto se suman apagones eléctricos y una red telefónica en crisis, que afectan la calidad de vida;
- deficiencias en la recogida de basura doméstica, sin hacer reciclaje; y en la limpieza general de los espacios públicos;
- fuerte déficit y mal funcionamiento en los servicios, especialmente la gastronomía (con afectaciones que empiezan a llegar a sectores priorizados como la educación y la salud);
- deformaciones a la imagen urbana por acciones improcedentes, obras improvisadas o de baja calidad visual (Prediagnóstico 1994).

Pensamiento ambientalista y medio ambiente urbano

Varios logros del gobierno revolucionario han repercutido positivamente en la conservación del ambiente: la erradicación de la pobreza extrema, junto a mejoras sensibles en la educación y la salud que siguieron un principio de equidad social y territorial; los programas masivos nacionales y locales de reforestación –a pesar de una pobre supervivencia, debido al cumplimiento

formal de metas—; el trabajo de tres décadas en la organización del territorio y la localización de inversiones, en cuyos análisis se ha considerado la dimensión ambiental; así como el fuerte potencial científico creado en el país, utilizable en los diagnósticos y evaluaciones de impacto ambiental. Sin embargo, no se ha logrado extender la conciencia ambiental y asegurar de manera sistemática la educación ambiental y la aplicación disuasiva de la legislación ambiental. Las pequeñas empresas estatales contaminantes o depredadoras del ambiente no cuentan con los recursos materiales y financieros para introducir medidas tecnológicas apropiadas; y las grandes también tienden a soslayarlas, abusando de su peso decisivo para la frágil economía nacional.

Esto se originó en una falta de contradicción, al responder el violador y el controlador a las mismas instancias superiores. Implícita, pero obviamente nunca formulada, estaba la concepción de que desarrollo y conservación no eran compatibles; o al menos que ese problema era aplazable hasta que llegaran tiempos mejores. No obstante, se dieron casos interesantes llevados al órgano nacional de arbitraje en que grandes empresas fueron sancionadas por deteriorar el medio ambiente. Esa gradual valoración de los problemas ambientales estuvo apoyada por el creciente prestigio internacional que fue adquiriendo el ambientalismo, reforzado en el caso de Cuba por las connotaciones políticas de la participación en foros internacionales y el apoyo de movimientos progresistas, así como la denuncia a la explotación despiadada de las grandes transnacionales y las políticas de países capitalistas desarrollados, especialmente el principal antagonista de la Revolución Cubana, Estados Unidos.

La Constitución de la República establece en su artículo 27 que «el Estado protege al Medio Ambiente y los recursos naturales del país. Reconoce su estrecha vinculación con el desarrollo económico y social sostenible para hacer más racional la vida humana y asegurar la supervivencia, el bienestar y la seguridad de generaciones actuales y futuras, El órgano rector de esa política ambiental es el ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (Mincitma), creado a partir de la antigua Academia de Ciencias. Para ello se elaboró en 1993 un Programa Nacional de Medio Ambiente y Desarrollo, en proceso actual de revisión, que intenta instrumentar las recomendaciones de la Agenda 21. Otros instrumentos de la política ambiental son el sistema de Planificación Física, la legislación ambiental, la evaluación del impacto ambiental (regulado en 1995 por la resolución 168/95 del Mincitma), el empleo de la Licencia Ambiental y de la Inspección Ambiental Estatal para obras o actividades de posible impacto ambiental; y el uso de indicadores ambientales extraídos de un sistema de información ambiental para fundamentar la toma de decisiones (Dirección 1996).

Hasta principios de los años 80 no se había ganado un espacio para el debate sobre temas ambientales en Cuba (González). El pensamiento ambientalista surge en los medios académicos, respaldado en una tendencia internacional; y

ya en los años 90 el debate se generaliza y extiende a campos como la economía la sociología y el desarrollo urbano; y hasta se refleja en varias manifestaciones artísticas. Sin embargo, todavía se manifiesta una actitud que enfrenta a la protección del ambiente con las necesidades del desarrollo. Coincidiendo con la misma mentalidad negativa que se abrumba ante la magnitud del patrimonio edificado con valores culturales que deben ser conservados, esa actitud sobrevalora el carácter restrictivo de las medidas para la protección del ambiente, sin visualizar su papel como oportunidades para potenciar el propio desarrollo.

El proyecto social de la Revolución Cubana... «fue concordante con los elementos básicos del ambientalismo político la voluntad política, los logros de la educación, la salud, la seguridad social, forman parte de nuestros logros ambientales pero nuestro modelo de desarrollo durante 35 años fue también desarrollista, casi hiperdesarrollista... prevaleció una concepción reduccionista del medio ambiente, como medio físico. La sociedad era un ente pasivo. En nuestro modelo se dio un papel muy importante al dominio de la ciencia y la técnica ... había que dominar la naturaleza. Era un planteamiento cartesiano clásico, visto desde una óptica desarrollista socialista.... El modelo de desarrollo urbano fue de ese tipo. El modelo de desarrollo local también fue el modelo de la gran empresa, de la técnica, de la fertilización por avión, de la gran plantación... Ese fue el modelo de la gran voluntad hidráulica: había que resolver el problema con muchas presas (somos el país del mundo con el mayor índice de agua embalsada en el mundo), Las obras económicas estaban sobredimensionadas respecto a la capacidad ecosistémica y espacial del país» (Cruz et al., pp. 76-77).

Ese modelo produjo problemas ecológicos, aunque afortunadamente no hubo catástrofes como las sucedidas en el Volga, los Tatra, Rumanía o China con modelos similares. Sobre esa base se pensaba lograr la eficiencia económica que respaldara al proyecto social, alcanzar la modernidad a través de igualar al campesino con el ciudadano (ibíd); y ello a través de violentar la relación de las personas con la naturaleza. Era además un modelo que demandaba una gran cantidad de energía, materiales, tecnologías y equipos importados, lo que lo hacía muy vulnerable. Al desplomarse la fuente externa de esos recursos, se desplomó el modelo. Y si antes se veía al medio ambiente como un limitante para el desarrollo, ahora es uno de los pocos recursos de que dispone el país para su supervivencia, sean playas o ciudades históricas.

Sobre ese medio están actuando cuatro agentes: ... »el Estado, que hasta cierto punto representa ese antiguo modelo. Un nuevo agente son las empresas capitalistas. Otro es el individuo, la persona que se representa a través de la economía informal, el autoconsumo. Y, finalmente, la comunidad. ... Para Cuba, el 'desarrollo sostenible' es una necesidad vital. Tenemos que ir hacia la optimización de los recursos, al uso adecuado de la capacidad de carga de los ecosistemas, al desarrollo evidentemente racional, al respeto a la

biodiversidad, la geodiversidad, la sociodiversidad. Tenemos que seguir con nuestra concepción de la equidad» (ibíd. p. 78). Pero ese desarrollo sostenible «... debe tener una participación comunitaria fundamental, sin eliminar las otras participaciones, tratando por todos los medios de buscar un equilibrio entre centralización y descentralización, entre participación y normativas y regulaciones estatales»(ibíd. p. 78). Ello demanda además la consolidación de una cultura ambiental que rebase la actitud negativa de adaptarse estoicamente a una coyuntura desfavorable, para regresar tan pronto como sea posible al modelo irracional anterior que en esencia indujo la crisis. Esa cultura ambiental «... se puede utilizar como un potencial productivo, un potencial existencial; e incluso, cómo un potencial de desarrollo espiritual o ético de la sociedad» (ibíd. 78).

Gestión urbana

El país está dividido en catorce provincias y el municipio especial Isla de la Juventud (anteriormente Isla de Pinos). Cada provincia recibe un marco financiero y recursos materiales del presupuesto de la nación, aprobado a fin de año por la Asamblea Nacional. Esos marcos venían dirigidos a programas priorizados por el nivel central, y no podían modificarse sin permiso superior. En 1986 se intentó una cierta descentralización de los presupuestos municipales, con la idea de que más adelante pudieran llegar a ser autofinanciados. En la práctica esto se redujo a entregar al municipio un porcentaje de los impuestos que se recaudasen en el territorio, y autorización para mover fondos entre distintas partidas sin afectar el monto total. En esencia, el problema para lograr una mayor descentralización de la gestión de gobierno es económico, y radica en el hecho de los gobiernos locales no recaudan lo suficiente para independizarse del presupuesto nacional. Por otra parte, aun teniendo fondos no pueden adquirir los recursos que necesitan, puesto que no existen mecanismos de mercado entre empresas y agencias estatales. Ello ha forzado la búsqueda de mecanismos alternativos como los Consejos de Cooperación Interempresarial, que intentan resolver por la vía administrativa una coordinación horizontal que pudiera corresponder a una planificación descentralizada con acciones de mercado entre entidades estatales (González). De todas formas, esos marcos asignados han estado sistemáticamente por debajo de las necesidades aun en los años de relativa bonanza respaldada por las relaciones en el CAME; y la ejecución real del presupuesto casi nunca llegaba a cubrir el marco –salvo el de salarios– por la falta material de recursos.

El *periodo especial* forzó la búsqueda de vías alternativas para enfrentar problemas que la crisis económica dejó sin posible solución convencional, como el empleo de materiales locales y técnicas de construcción más apropiadas. En Cuba, la línea de actuación institucional generalmente ha estado marcada por el sectorialismo y el gigantismo en los proyectos –muchos de ellos económicamente inviables y ecológicamente disruptivos, y que por esa

razón han quedado a veces inconclusos. Por otra parte, la línea *comunitaria* ha carecido hasta el momento de una formalización y una generalización de experiencias. Esto se agrava por la falta de una cultura ambientalista en la población, que tiende a priorizar necesidades más evidentemente apremiantes. Por lo tanto, parece necesario integrar la creación de un marco legal, con el potenciamiento económico, y la creación de una cultura popular que apoye la descentralización, estimule la participación activa de la población y cree una actitud favorable al pensamiento ambientalista. Esto último pide encontrar formas que relacionen de manera convincente la conservación de los valores ambientales con los intereses de la población.

Fortalezas y oportunidades

A pesar de las afectaciones causadas por la situación económica, Cuba arrastra todavía los efectos positivos de una política sostenida por más de tres décadas que priorizó la educación y la salud. De acuerdo a las variables que introdujo el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para medir el índice de desarrollo humano (IDH), Cuba pasó a ocupar en 1995 el lugar 72 entre 174 países, clasificando entre los que tienen un desarrollo humano mediano (PNUD 1995). Ese índice se forma con tres variables principales: esperanza de vida, nivel educacional y producto interno bruto. En 1992 Cuba tenía una esperanza de vida de 75,33 años, superando a países como Argentina, Chile y Uruguay, considerados con alto índice de desarrollo humano en América Latina; para ubicarse entre los 30 más adelantados del mundo en ese indicador. La tasa de alfabetización de adultos fue del 94,9% y la matrícula de menores de 24 años fue del 65%. En cambio, el PIB real per capita fue en ese mismo año de 3.412 dólares, inferior a Belice y Panamá pero superior a Perú; con Argentina liderando América Latina con 8.860, muy lejos de los más de 23.000 de EEUU (ibíd).

Por otra parte, han aparecido vías alternativas para enfrentar problemas que la presente crisis económica ha dejado sin posible solución convencional, como el empleo de materiales locales y técnicas de construcción más apropiadas. El uso masivo de la bicicleta para suplir la crisis en el transporte público ha transformado el paisaje urbano y la forma de vida de la población. En la capital se pasó entre 1990 y 1995 de 70.000 bicicletas, antes usadas por jóvenes y niños para la recreación, a cerca de un millón, usadas intensamente por todos y para todo. Con la bicicleta han aparecido un puente, carriles y vías reservadas; reparadoras, poncheras, aditamentos para llevar carga y pasajeros y hasta un *ciclobús* para transportar ciclistas con sus máquinas bajo el túnel de la Bahía. El problema de la recogida de basura en las ciudades se ha enfrentado con el empleo de tractores y carretas, y la creación de más vertederos para acortar los viajes. Si embargo, el reciclaje de basura marcha lentamente, en gran medida debido a que se mantiene como una actividad empresarial estatal. Entre las 162 actividades legalizadas para el trabajo por cuenta propia, no aparece la de recolector de residuos sólidos.

En la agricultura aumentó el uso de tiro animal así como de fertilizantes y plaguicidas orgánicos. Esto último ha tenido su contrapartida en el cambio estructural de propiedad de la tierra agrícola cuando en 1994 se crearon las Unidades Básicas de Producción Agropecuarias, a las que se pasó en usufructo 2.660.000 hectáreas de tierras estatales. En las ciudades se han creado organopónicos estatales y huertos atendidos por vecinos, que pueden comercializar los excedentes y cuentan con asesoría técnica por el Estado. Más de 26.000 familias se benefician ya en La Habana de esos huertos. También se trabaja en el aprovechamiento de residuos, producciones artesanales y caseras, etc.

La descentralización del planeamiento físico y su integración con el social, cultural y ambiental ha tenido en la capital una experiencia interesante en Los Talleres de Transformación Integral de Barrios (TTIB), promovidos en 1988 por el Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GIDIC) en tres barrios de La Habana con problemas. La experiencia fue creciendo y ya a fines de 1996 existían doce talleres. Aunque cada taller tiene su propia estrategia, hay cuatro aspectos comunes a todos: a) el mejoramiento de las condiciones de vivienda; b) el desarrollo de la economía local; c) la educación urbana de niños y jóvenes; y d) la identidad barrial. El mejoramiento descansa en el principio de no relocalizar a la población actual, y buscar soluciones a través del trabajo directo con la población –de abajo hacia arriba, y de adentro hacia afuera. El TTIB coopera con diversas instituciones cubanas y extranjeras, y asesora al Consejo Popular de Barrio tanto en el plano constructivo como en el socioeconómico. dándole un apoyo importante a ese órgano de gobierno a nivel de base, que sólo cuenta con un miembro a tiempo completo, el presidente (Coyula/Cabrera/Olivera).

Desde muy pronto resultó evidente la necesidad de contar con fuentes propias de ingresos para respaldar el trabajo en los barrios. Se ha experimentado con la producción local de materiales de construcción y la explotación del potencial turístico, así como con actividades culturales que aprovechen y destaquen tradiciones locales. Otra vía son las colaboraciones y donaciones de organizaciones no gubernamentales extranjeras y hasta cubanas, que se usan fundamentalmente para potenciar actividades productivas y de servicios que a su vez pueden generar ganancias revertibles en otros proyectos comunitarios. Los TTIB han demostrado que, en medio de la difícil situación actual del país, «... el trabajo en el barrio es una vía útil para tratar de seguir mejorando las condiciones de vida de la población de una manera directa, sustentable y participativa. Los problemas son tan graves que casi no dejan opción; y eso paradójicamente puede resultar conveniente, al menos para presentar una alternativa aceptable a un modelo de construcción, producción y servicios que resultaba muy rígido, consumidor e impositivo. ... Esto requiere explorar nuevos métodos para estimular y canalizar la participación, de manera que sea verdaderamente activa y conciente; así como formalizar lo informal y crear una

base productiva local que, aunque modesta inicialmente, sienta las bases para un verdadero potenciamiento de la población que no descansa sólo en la eventual recuperación económica nacional ni tampoco en el estrecho marco individual, sino en el interés de un colectivo pequeño, homogéneo, identificable y por lo tanto muy unido alrededor de beneficios fácilmente visualizables» (ibíd., p. 2).

Las nuevas vías deberán integrarse con nuevas formas organizativas que potencien una economía comunitaria, en todo el amplio rango intermedio actualmente no cubierto que va desde la empresa estatal hasta el trabajador privado por cuenta propia. Estas fuerzas podrían balancear el peligro de un nuevo desarrollo distorsionado e insustentable bajo la justificación de la terrible necesidad de capitales que tiene el país, y que pueden obligar a ceder ante inversionistas despiadados en busca de ganancias rápidas, especialmente en el sector del turismo y en la actividad inmobiliaria. Igualmente peligrosa es la tendencia que a fines de 1995 comenzó a observarse en determinados círculos donde se toman decisiones: tras varios años seguidos en que la economía cubana empeoró continuamente, la detención de la caída hizo pensar en un regreso a tecnologías y métodos anteriores que el periodo especial había puesto en evidencia como impositivos, predatorios, despilfarradores, dependientes y por lo tanto muy vulnerables.

En estos momentos Cuba enfrenta la necesidad de reorientarse dentro de un mundo unipolar dominado por la economía de mercado, y alcanzar una competitividad aceptable que le permita mantener los logros sociales que había alcanzado. Esto parece forzar la búsqueda de alternativas más razonables hacia un modelo económico y social más flexible, armónico y regenerativo, que transite creativamente por una vía propia, realista y diversa. Ese modelo, por lo tanto, deberá ser económicamente viable, políticamente participativo y ecológicamente racional; con un enfoque dirigido más a comprender y conducir procesos que a administrar directamente y elaborar productos terminados. Paradójicamente, la propia adversidad de la situación no parece dejar opciones, y clarifica verdades que antes no resultaban tan obvias. Por otra parte, la demanda urgente de un cambio de enfoque no obedece a una coyuntura de emergencia. Se trata, en realidad, de alcanzar un equilibrio más estable entre el empleo de los recursos, la organización de la sociedad y la forma de vida de las personas.

Para ello el país cuenta con varias fortalezas: una extensa infraestructura, mayormente creada por la Revolución, que incluye puertos, aeropuertos, carreteras, ferrocarril, embalses, termoeléctricas y una red nacional de distribución de electricidad; a lo que se suma una gran cantidad de almacenes e industrias cuya tecnología puede ser modernizada, cientos de kilómetros de buenas playas, paisajes y ciudades muy atractivas, y capacidad para movilizar a una población que además no está dividida por problemas regionales o raciales. En definitiva, el recurso nacional más importante es un potencia[

humano que suma varios millones de personas calificadas e incluye un alto desarrollo científico, artístico y deportivo.

En un país isleño, pobre, pequeño y aislado, donde la mayoría de la población es urbana, parece lógico extender los principios de la sustentabilidad –inicialmente restringidos a garantizar el equilibrio en el medio natural– a la interacción del medio construido con el natural y el social, con la economía que la sustenta o depreda, y a la política que lo canaliza o frena, La integralidad y el equilibrio deberán salir de la coexistencia mutuamente ventajosa entre el medio natural, el construido y el social, animados por una identidad nacional basada en una cultura de la convivencia, y una economía que funcione más allá de los intereses sectoriales perentorios. En la medida en que ello sea posible, Cuba podría aportar al mundo un nuevo modelo de *socialismo sustentable*.

Referencias

- Baroni, Sergio: «Comentarios» en *Hábitat y Cambio Social III*, Fundasal, San Salvador, 1996.
- CEA: *Los Consejos Populares, la gestión de desarrollo y la participación popular en Cuba. Conclusiones preliminares* (taller), La Habana, 1995.
- Comité Nacional Preparatorio: «Informe Nacional de Cuba a la Conferencia Mundial de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos Habitat II en Estambul», La Habana, 5/1996.
- Coordinadora Estatal de Solidaridad con Cuba: *Cuba Va* N° 5, 12/1993.
- Coyula, Mario: «El veril entre dos siglos» en *Casa* N° 189, La Habana, 1992.
- Coyula, Mario: «Vivienda Accesible y Desarrollo Sustentable» en *Carta de La Habana* año 1 N° 2, GDIC, La Habana, 8/1993,
- Coyula, Mario: «La Habana siempre», Grupo para el Desarrollo Integral, La Habana, 1996 [también publicado como «La Habana siempre, siempre mi Habana» en *Archivos de Arquitectura Antillana* año 1 N° 2, Santo Domingo, 9/1996.
- Coyula, Mario, Milagros Cabrera y Rosa Oliveras: Los Talleres de Transformación Integral de Barrios. Una experiencia de planeamiento sustentable y participativo en La Habana, Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, La Habana, 1995.
- Cruz, Kary, Eneyde Ponce de León, José Mateo, Roberto González, Angel Valdés, Enrique Fernández, Armando Fernández: «Pensar el ambiente» en *Temas* N° 3, La Habana, 1995.
- Dilla, Haroido: «Los municipios cubanos y los retos del futuro», en *Comunidad* 4/95, IPIF, La Habana, 1995.
- Dirección de Política Ambiental/ Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente: «Notas para un Balance y Proyección de una Política Ambiental Nacional» en *Comunidad* 7/96, IPIF, La Habana, 1996.
- Fernández, Armando y Rubén Otazo: *Comunidad, autogestión, participación y medioambiente*, Centro de Estudios de América, La Habana, 1996.
- García Pleyán, Carlos: «Planeamiento urbano y gestión local en los municipios cubanos: desafíos y perspectivas en un contexto cambiante» en *Comunidad* 4/95, IPF, La Habana, 1995.
- González, Gerardo: «Cambios económicos y descentralización municipal en Cuba: los retos del futuro» en *Comunidad* 4/95, IPF, La Habana, 1995.
- Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital: *Prediagnóstico de la situación actual de la ciudad de La Habana*, La Habana, 1994.
- Gunn, Gillian: «Culba's NGOs: Government Puppets or Seeds of a Civil Society?», Cuba Briefing Papers Series, Georgetown University, Washington D.C., 1995.
- Hart, Armando: «Sociedad civil y organizaciones no gubernamentales» en *Granma*, 23-24/8/96,

- N'Dow, Wally: «The Challenges of a Worldwide Urbanization: a Dual Aim» en *Urbanisme* N° 288, París, 5-6/1996.
- Pérez, Maycla: *Hacia una política local de mejoramiento ambiental con participación comunitaria*, GDIC, La Habana, 1996.
- PNUD: *Human Development Report* 1995, Oxford University Press, Nueva York, 1995.
- Rey, Gina: *Por una ciudad más humana, bella y funcional*, GDIC, La Habana, 1990.